

La Palabra No

La palabra No es elástica y de forma aproximadamente esférica. Rebota con igual fuerza sobre el agua que sobre la arena e el hierro. Y no se va por el aire, pues unas veces queda en suspenso — como la luna de cualquier cielo — y otras golpea insistente, y a veces suavemente, las cosas hasta que consigue transmutarlas. Pero no tanto que las exponga a los estragos de la palabra Sí.

La palabra No está modelada por dos vacíos. Lo cual significa que su estructura tiene algo que ver con la naturaleza de la nada, aunque ésta es prácticamente ilimitada, y anonada. En cambio, la palabra No tiene la virtud de despertar: entre los dos vacíos que la modelan — el de la nada y el de la eventualidad del poema — la palabra No posee un rostro casi afirmativo.

Como el vacío de la nada es inagotablemente elástico, no ofrece resistencia a la presión del vacío interior del poema; y como los poemas pueden ser muchos (y cada uno de ellos con diferente pero limitada fuerza expansiva), la palabra No — modelada por dos impresiones — varía constantemente de tamaño. A veces no la vemos, pero sentimos que existe de modo semejante a la nada. Otras veces, nos asomamos a la ventana y contemplamos un gran No que engloba a las estrellas. Y puede ser que alguna de las llamadas Novas sea un gran No en desarrollo cuyo apéndice de luz rebota contra el oscuro destino.

Como la función crea el órgano, el oficio ordenador de la palabra No ha creado su propia inteligencia. Es una palabra cerebral y romántica. Ata y desata los nudos del pensamiento, y sin ella no serían posibles la poesía ni el amor.

Alguien sospechará que tampoco existirían sin la palabra Sí, pero está en un error. Porque cada cosa, cada situación, cada posibilidad (desde el momento que nos la representamos) lleva implícita, y sin misterio ninguno, la palabra Sí. De manera que se trata de un término supérfluo. Podemos imaginar perfectamente un mundo (y un idioma) sin la palabra Sí, pues bastaría, para afirmarlas, con mirar o designar a las cosas. Imposible sería, en cambio, imaginarlos (sin que nos devoren, sin que nos hundan — con su entonces inatacable poder — en la nada) sin la palabra No.

En realidad, la misma palabra No lleva implícito en su corazón elástico y redondo un insidioso Sí. Porque la palabra No sí existe, sí golpea y gravita, sí se nos ofrece en contemplación (pero tan sólo a veces) al abrir la ventana. Pero el Sí no lleva implícito al No: imposible decir que el Sí no existe, de la misma manera que afirmamos que sí existe el No. Lo que no es necesario.

Resulta, además, que la poesía se mueve en una sola y miserable dirección por el lado del Sí, mientras se abre en ilimitadas posibilidades expansivas por los misteriosos caminos del No (que lleva implícito un insidioso Sí).

Ahora bien, cuando el Sí se dirige contra el No, lo afirma y sostiene, aunque esto sólo suceda cuando el segundo se halla en posición gravitatoria (lo que resulta imposible en épocas de decadencia).

De aquí puede y debe deducirse que la poesía gira siempre en las esferas del No, aunque su naturaleza sea afirmativa, igual que el sol y las demás estrellas.

Por el metal profundo

Quién sería capaz de separar las dos caras de una moneda? Delicado y estúpido empeño: quién nos la habría de tomar? Qué luz, qué cántico, qué alas nos darían por su media duplicidad?

Una moneda — sus dos páginas — no tiene vuelta de hoja. Una es, no media y media. Si cae en el río, sus dos caras se ahogan en el limo e desembocan en el mar. Las mismas manos gastan sus dos lados simultáneamente. Y, contemplada por uno de ellos, sabemos que está entera porque, sin verlo, estamos adivinando, sintiendo — tocando casi siempre — al que no cupo en suerte.

Cuando la moneda cae al suelo, salta y rebota y ambos lados golpean alternativamente la tierra. Cuando no ocurre así, su descenso tiene un nombre bien conocido: es la caída muerta.

Una moneda perfecta, fina, redonda y ágil no se tiene de canto. Cae bocabajo o bocarriba. Es el misterio de su forma imparcial. No se detiene de canto, en el canto. Ha de ser cara o cruz. Y una y otra son conservadas o perdidas con idéntica imparcialidad por la avaricia o el descuido. Quién sería capaz de hacer dos del destino?

Quién sería capaz de apartarnos a ti y a mí, palabra mía? Unidos por lo no visible, por el metal profundo, repetimos — inauguramos — la más antigua de las acuñaciones. Somos — si somos — la moneda que no se gasta, que no se parte, pero se reparte. De una cara a la otra, el amor mide sus tamaños. Y siempre crece. Moneda viva, infinita: nada se niega a sus cifras proteicas. Moneda, no obstante, que nada compra: porque todo — todo cuanto es o ser pudiera — es absolutamente suyo.